

bajó los párpados de las hojas.
Hizo caer el oro de los aromos.
Los manzanos se inclinaron
hasta besar los labios de la hierba.
Los pájaros se silenciaron
en los bosques del río Cautín.
El sol desapareció
por la puerta de las nubes.
Los araucarias sacudieron
sus ramas cubiertas de nieve.
El cuchillo del silencio hizo fluir
el rojo rocío de los copihues.
Una muchacha del pueblo de Lautaro,
perfumada a durazno,
se tendió sobre el trigo
para leer poemas líricos.
A esa hora, en Santiago,
se derramó el crepúsculo
sobre la mesa de amigos,
que recordaban al poeta
de los sagrados vegetales.
Ninguno dejó de gozar las palabras,
el vino que durante años
bebieron con el difunto.
Hacia el nido de los luceros,
cruzó un ave de luna.
Todos miraron la profundidad del cielo.
Sólo el vacío. El silencio.
El misterio de la memoria.
Y la voz del tabernero que cerraba el bar.

SERGIO MACÍAS

UN POEMA

DEL SUEÑO DE TU SUERO

Polvareda, tolvana,
tu volatería turba
alborota los pájaros
en tu cabeza, estupor:
tu mente menta y miente.
Flores de labios prietos
sedicentes, sedientas sorben
lo que secreta tu vientre
lastrado de fantasmagorías.
La araña empolla y desde su guarida
mientras la poesía orina sangre

la óctuple mirada
con la perseverancia
voraz del cazador te clava.
Eres el animal condenado
a vivir para adentro
a balbucir algo
de tu abolido centro deriva
de tu paradójico parénquima resulta
viene del iris más oscuro
del ojo ciego del ser.
La esponja de tu astrágalo exprimes
sumo del sueño de tu suero
con tus ventosas rechupas
sumo del ánima
que tus alvéolos alojan.

SAÚL YURKIEVICH